

# Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes  
Publicada por la Universidad de Concepción

---

---

Año XVII

Noviembre de 1940

Núm. 185

---

---

## Puntos de vista

Alfonso Hernández Catá

*L*A muerte inesperada de Hernández Catá ha producido entre nosotros un hondo sentimiento de pesar. Las razones son muchas. No sólo le conocíamos a través de sus libros sino como persona humana. Vivió algunos años en Chile en el cargo de Ministro de Cuba. Más que todo en el papel de amigo cordial y de hombre de generosos pensamientos. Dejó aquí un núcleo grande y selecto de amigos. Hernández Catá fué un embajador—si hemos de usar la expresión tan traída y llevada—del verdadero espíritu. Se le quería y se le buscaba. En todas las reuniones de escritores y artistas estaba siempre presente animando con su charla el tono de la reunión. No había sitio en el cual se rindiera de algún modo homenaje al espíritu en el cual no fuera necesaria la presencia del autor de «Frutos Acidos».

Había construído Hernández Catá un mundo especial dentro de la literatura americana. Tenía el don de los temas, si pudiéramos decirlo así, y fabricaba a veces con elementos muy sutiles y complicados toda una arquitectura novelesca. En sus narraciones, en ocasiones ubicadas en ese mundo fantasmagórico vecino del cosmopolitismo, sabía tejer la urdimbre de curiosas historias vividas como en un sueño o en la naturaleza casi evanescente de los paraísos artificiales. Pero fué la de Hernández Catá una vida literaria intensa, de permanente agonía, para usar la expresión de Unamuno. Vivía del cargado aroma de los sentimientos y de

las sensaciones. Gustaba labrar su prosa, encenderla de ritmos y nutrirla con el esplendor del refinamiento. Era un poeta que se expresaba en figuras y un prosista que ponía en sus frases el recamado sutilismo de las imágenes.

Leía con extraordinaria ansiedad y era un curioso constructor de juicios críticos. Desempeñó estas funciones muy esporádicamente y quizá, si se hubiese entregado a ellas, habría podido realizar una obra de alto valor intelectual. Prefería la creación, el placer de dar vida a los personajes que bullían en su mente o en su imaginación viva y palpitante. En su arte se mezclaron las vivencias de la tierra americana, el modelado rítmico de su isla encantada, el goce casi doloroso de la sensualidad caliente y enervante de las tierras tropicales, con el sabio y lento fluir de las armonías tradicionales de la literatura europea que Hernández Catá conocía como pocos. En cuanto se le estudia se encuentra en sus creaciones, esta doble sensación de trópico y de refinamiento europeo. El temperamento del autor de «Mitología de Martí» se adaptó con singular maestría a esta dualidad que es un placer en el viaje a través de sus obras.

Fué Hernández Catá un gran amigo de Chile. Aprendió en el tiempo que permaneció entre nosotros a conocer nuestro carácter y nuestra psicología. Y sintió en sí mismo la revelación de uno como proceso nuevo que sacudió su naturaleza de escritor. El aire sobrio de Chile, la seriedad entre irónica y benévola de nuestra gente, la hospitalidad franca y acogedora de que esta tierra ha hecho gala siempre, lo tocaron en el punto más sensible de su espíritu. Vivía vuelto hacia Chile y estaba siempre anhelando regresar, porque, según decía en sus cartas a los amigos y en algunos de sus trabajos literarios, la nostalgia de Santiago, era en él una palpitación constante. Lo demostró en el viaje que realizó desde Río en noviembre—justamente hacía un año y en el mismo mes—a Santiago, para dar algunas conferencias, que como siempre congregaran a un público selecto y admirador de su manera tan personal y tan clara y artística de decir y de reflexionar.

*Hernández Catá, fué sin duda una figura de un singular relieve en las letras americanas y especialmente en las de su patria: Cuba. Cuando se supo su muerte tan inesperada, tan sorpresiva y dolorosa, por las circunstancias trágicas en que ocurrió, un profundo sentimiento de pesar embargó todos los ánimos. Era familiar entre nosotros y los amigos, tanto como los que no alcanzaron a penetrar el círculo de su amistad, sintieron que se había desprendido de sus corazones un camarada cordial, un amigo de todos los momentos y un hombre que a pesar de ser extranjero, parecía ya identificado con todos los chilenos.*